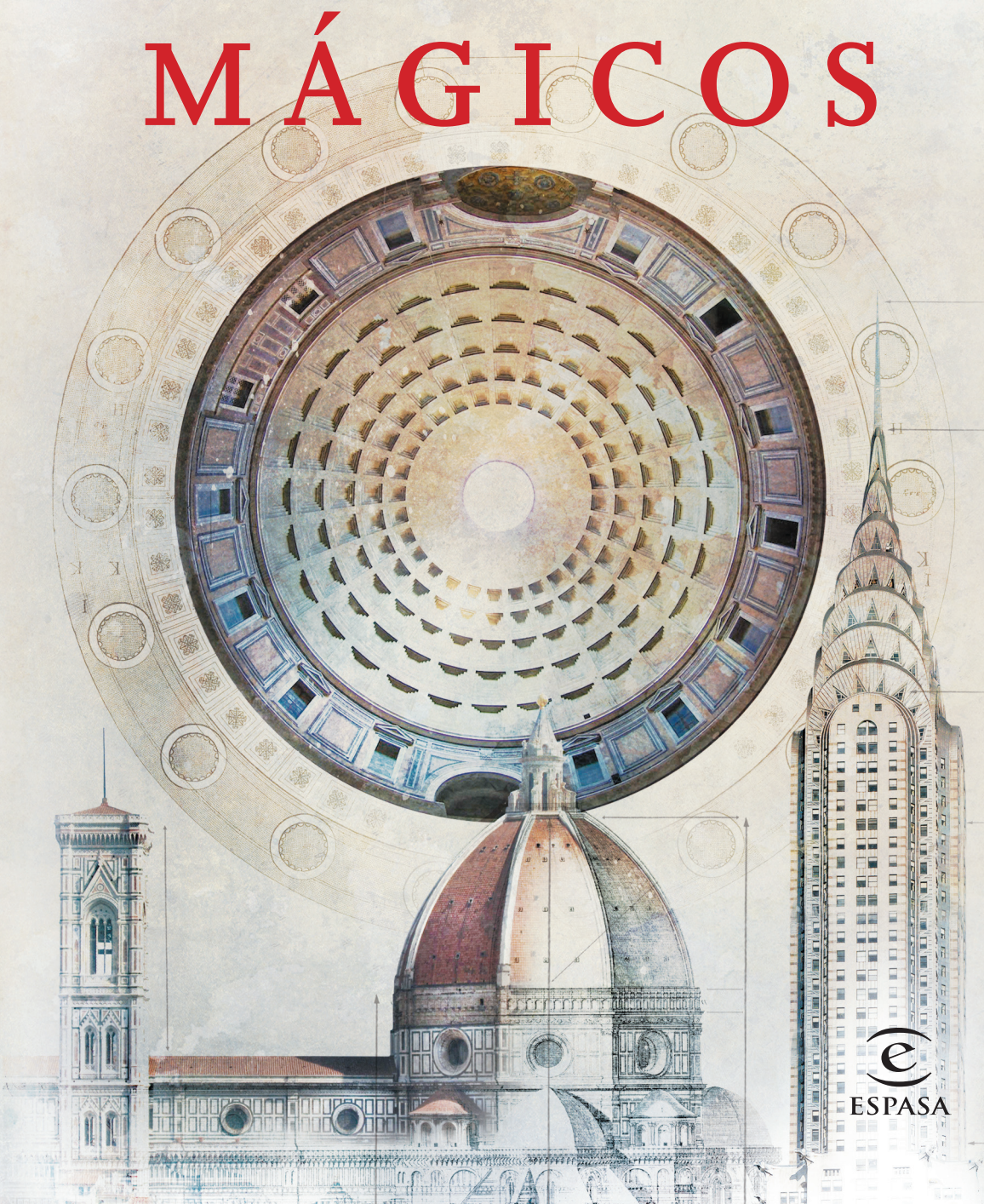


RICARDO AROCA

EDIFICIOS MÁGICOS



RICARDO AROCA

EDIFICIOS MÁGICOS

© Ricardo Aroca, 2014
© Prólogo de Ignacio Sotelo, 2014
© Espasa Libros, S. L. U., 2014

Dibujos de interior: Ricardo Aroca, a excepción de página 41: Bath in Time-Bath Preservation Trust; páginas 76-77: Akg-images / Album; páginas 156 y 283: IGDA; páginas 206-207: Oronoz Fotógrafos; páginas 208-209: © Carles Salom

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 20.155-2014
ISBN: 978-84-670-4285-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

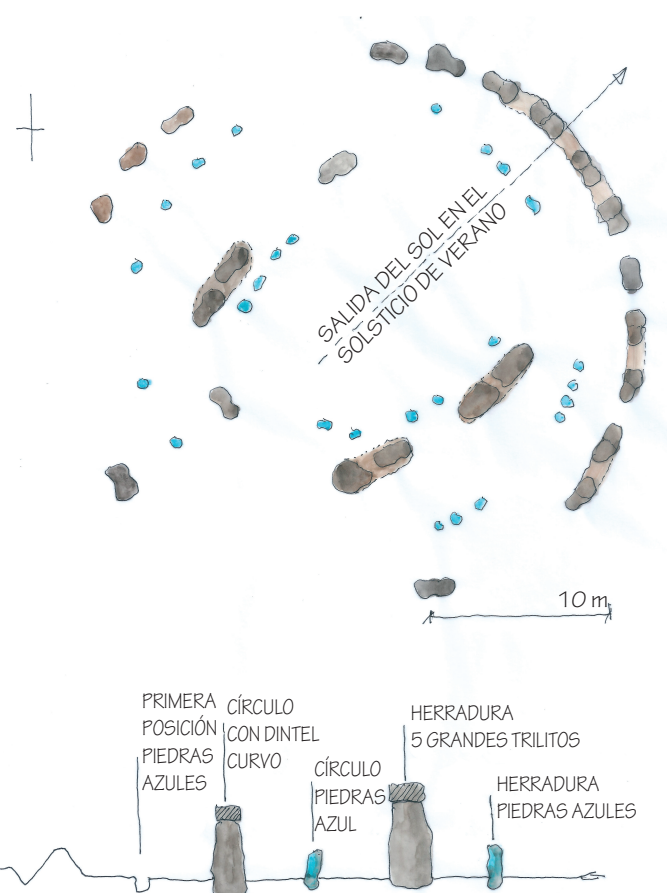
A MODO DE PRESENTACIÓN, de Ignacio Sotelo	13
INTRODUCCIÓN	19
EDIFICIOS MÁGICOS.....	19
ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN.....	24
1. ANTES DE LA HISTORIA	26
LA PREHISTORIA	28
GÖBEKLI TEPE.....	30
STONEHENGE.....	31
STONEHENGE: EL RELATO	37
2. LA MAGIA DE LAS SEMILLAS Y LAS GRANDES CONSTRUCCIONES..	42
EL ORIGEN DE LAS CIENCIAS OCULTAS	44
EL NILO ES DIFERENTE	48
LAS PIRÁMIDES Y LA ESCRITURA.....	50
LA GRAN PIRÁMIDE.....	56
LOS MITOS DE LA GRAN PIRÁMIDE	61
LOS ZIGURATS CALDEOS.....	67
LAS PIRÁMIDES AMERICANAS	69
3. LA MAGIA DEL RELATO	76
LA BIBLIA	78
EL TABERNÁCULO DE MOISÉS	84
EL TEMPLO DE SALOMÓN	91
LA VISIÓN DE EZEQUIEL.....	98

EL MURO DE LAS LAMENTACIONES: LOS EQUÍVOCOS SOBRE EL TEMPLO Y LOS TEMPLARIOS	108
4. LA MAGIA DE LA PERFECCIÓN	112
LA CULTURA GRIEGA.....	114
LOS ÓRDENES.....	116
LA MEDIDA Y LA PROPORCIÓN	119
EL NÚMERO DE ORO	121
EL PARTENÓN.....	123
EL MAUSOLEO DE HALICARNASO Y SUS SECUELAS.....	129
5. LA MAGIA DE LAS GRANDES CÚPULAS:	
DEL PANTEÓN A SANTA SOFÍA	136
LA CONSTRUCCIÓN ROMANA	138
EL PANTEÓN	140
BIZANCIO.....	149
SANTA SOFÍA	152
EL FINAL DEL IMPERIO	154
6. LA MAGIA DEL GÓTICO: UNA NUEVA FORMA DE CONSTRUIR ...	156
LAS COFRADÍAS DE CANTEROS.....	158
EL NACIMIENTO DEL GÓTICO.....	161
LA CATEDRAL DE CHARTRES	166
EL LABERINTO.....	170
7. RENACE LA MAGIA DE LAS GRANDES CÚPULAS	176
SANTA MARÍA DEL FIORE	178
LA CÚPULA DE SAN PEDRO.....	185
EL DIBUJO Y LA IMPRENTA	191
EL NÚMERO DE ORO TAMBIÉN RENACE	194
8. EL ESCORIAL: RESURGE LA MAGIA DEL RELATO	196
DE CÓMO UN TEMPLO SIN LUGAR, TRAS PRODUCIR UN LUGAR SIN TEMPLO, ACABA INSPIRANDO OTRO TEMPLO SIN LUGAR....	198
EL ESCORIAL	200

9. UNA NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO	208
LA FILOSOFÍA NATURAL Y LAS CIENCIAS OCULTAS	210
LA CÚPULA DE SAN PABLO	217
EL TRAZADO DE WASHINGTON Y EL CAPITOLIO	220
EL OBELISCO DE WASHINGTON	222
LA MAGIA DE LOS NÚMEROS	223
10. LA MAGIA DE LA ALTURA	228
LOS DIFÍCILES COMIENZOS DEL HIERRO	230
LA TORRE EIFFEL	235
EL EDIFICIO CHRYSLER.....	240
LA HISTORIA CONTINÚA.....	246
11. EL RELATO SE HACE MANIFIESTO.....	248
TRES ARQUITECTOS.....	250
VILLA SABOYA	251
LA CASA DE LA CASCADA.....	252
LA CASA FARNSWORTH.....	254
EL NÚMERO DE ORO VUELVE A RESUCITAR	257
12. LA MAGIA DE LAS NUEVAS CATEDRALES.....	260
LAS LÁMINAS DE HORMIGÓN.....	262
LA ÓPERA DE SIDNEY	265
EpÍLOGO.....	275

1

ANTES DE LA HISTORIA





LA PREHISTORIA

La comunicación juega un papel esencial en la formación y transmisión del conocimiento. La capacidad de hablar está tan impresa en nuestra estructura cerebral como la de encontrar leyes que permitan predecir acontecimientos. Todo grupo humano ha desarrollado un lenguaje de forma natural, de manera que el número de idiomas se cuenta por decenas de miles. Solo en Nueva Guinea, cuya orografía da lugar a un hábitat muy fragmentado, se dice que hay alrededor de mil lenguas distintas. La transmisión oral tiene la desventaja de que la cadena de transmisión puede romperse con facilidad —estadísticamente, es casi seguro que se romperá—, por lo que la historia solo comienza a partir de la aparición de testimonios escritos.

Stonehenge o Göbekli Tepe constituyen buenos ejemplos de las insuficiencias de la transmisión oral. Son enormes construcciones que requirieron el trabajo de miles de personas durante años. Permanecen en el paisaje y los turistas pueden visitarlas, pero no tenemos la menor idea de quiénes las hicieron. Solo podemos hacer cábalas sobre el propósito que guió a sus constructores, así como del uso que hicieron, durante miles de años, de esos enormes círcu-

los de piedras, en los que hay indicios de actividad como lugares «sagrados».

Hacer historia en cualquiera de sus facetas implica en gran medida ponerse en el lugar de quienes, en su momento, fueron sus protagonistas. Robert Graves, autor de *Yo, Claudio* y de otras novelas históricas memorables, presumía de haber leído todos los textos de todos los escritores griegos y romanos, de modo que era capaz de pensar como un griego o un romano antiguo. Para las épocas históricas cabe usar el «método» de Graves —aunque para tiempos anteriores a la Grecia clásica podría resultar insoportablemente aburrido—, pero para la prehistoria no cabe esta ayuda. Solo los descubrimientos de los arqueólogos pueden darnos alguna idea de la manera de pensar y de las pautas de comportamiento de nuestros antepasados. Pero este método tiene limitaciones y pondré un ejemplo: cuando desaparezca nuestra civilización, junto con todos los registros que permiten interpretarla, y unos arqueólogos procedentes de otra galaxia (impresiona más que decir de otro planeta) o, mejor aún, de un universo paralelo excaven un campo de golf, difícilmente averiguarán cuál era su utilidad. Para empezar, no encontrarán ni una sola bola dentro de un hoyo, y si llegaran a pensar que se trataba de un juego, concluirían que consistía en meter bolas dentro de lagunas, matorrales y barrancos.

Si repasamos los aproximadamente doscientos mil años de existencia de la especie «hombre moderno», ciento noventa mil han sido de existencia nómada, como las tribus de cazadores-recolectores, y solo poco más de diez mil han vivido como agricultores sedentarios. Hace cinco mil años, los hombres empezaron a escribir en algunos sitios; hace dos mil quinientos años comenzaron a intentar explicar racionalmente el mundo; hace solo quinientos años empezaron a comunicarse a gran escala a partir de la invención de la imprenta, y hace solo unos cuantos días que comparten cualquier información en tiempo real a través de Internet.

En nuestro mundo actual, las pocas sociedades de cazadores-recolectores que siguen existiendo arrastran una existencia

precaria en entornos muy marginales de escasísimos recursos. Es seguro que, antes de la sistematización de la agricultura, los cazadores-recolectores que explotaron entornos mucho más favorables llegaron a formar sociedades numerosas, e incluso podían acumular reservas de recursos alimenticios. Esto les permitía celebrar reuniones anuales con gran concurrencia, con la consiguiente posibilidad de realizar construcciones con propósitos, probablemente, más religiosos o mágicos que festivos.

La transición de la simple recolección a la agricultura se ha producido dos veces en la historia de la humanidad: la primera y más antigua en el Creciente Fértil —actual Irak y el este de Turquía—, una zona semiárida en la que unas gramíneas precursoras del trigo daban unas semillas de gran tamaño que propiciaban un rápido crecimiento en la corta primavera húmeda. Se daba, además, la coincidencia de que un solo gen controlaba la caída de granos necesaria para la dispersión, lo que hizo posible que una mutación permitiera un mayor tiempo de permanencia de las semillas en la espiga. Esto facilitaba la recolección y acabó sugiriendo la siembra sistemática de las semillas mutantes (el proceso debió de durar miles de años). Precisamente en esta región han aparecido, y no hace mucho, los monumentos megalíticos más antiguos hallados hasta la fecha.

GÖBEKLI TEPE

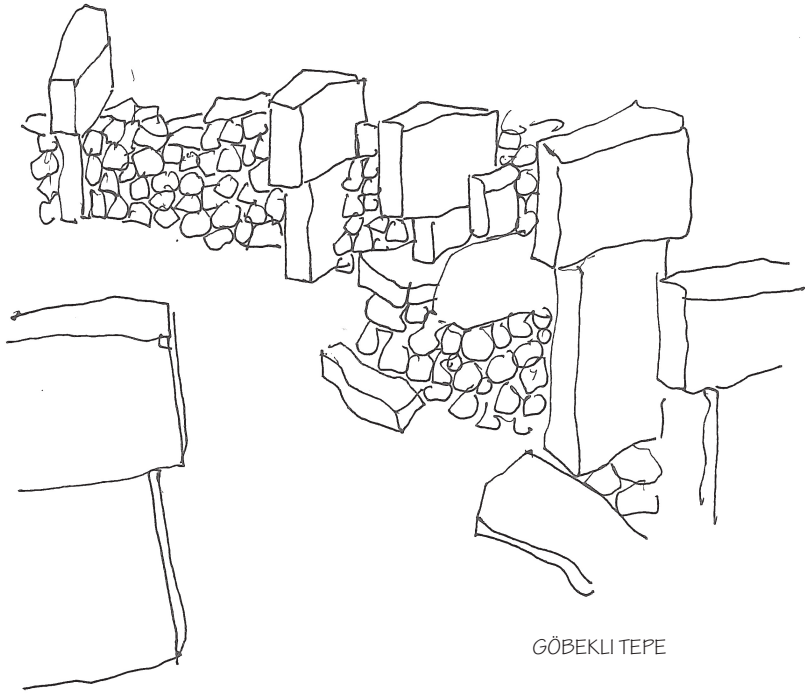
En el este de Turquía unos arqueólogos alemanes están excavando el Göbekli Tepe (la montaña panzuda), una elevación del terreno que se creía natural hasta que se descubrieron círculos de grandes piedras, algunas de ellas con relieves de animales de sorprendente realismo. Hay decenas de círculos de piedras enterrados, al parecer de forma voluntaria, que, según sus descubridores, se construyeron hace entre 8.000 y 10.000 años, justo en el período inicial de transición entre la mera recolección y la agricultura. No

es aventurado suponer que la «cosecha» propiciara la reunión de grandes grupos de personas. Estas, debido a lo fácil que es recolectar el grano, tenían excedente de tiempo y pudieron construir estos primeros monumentos.

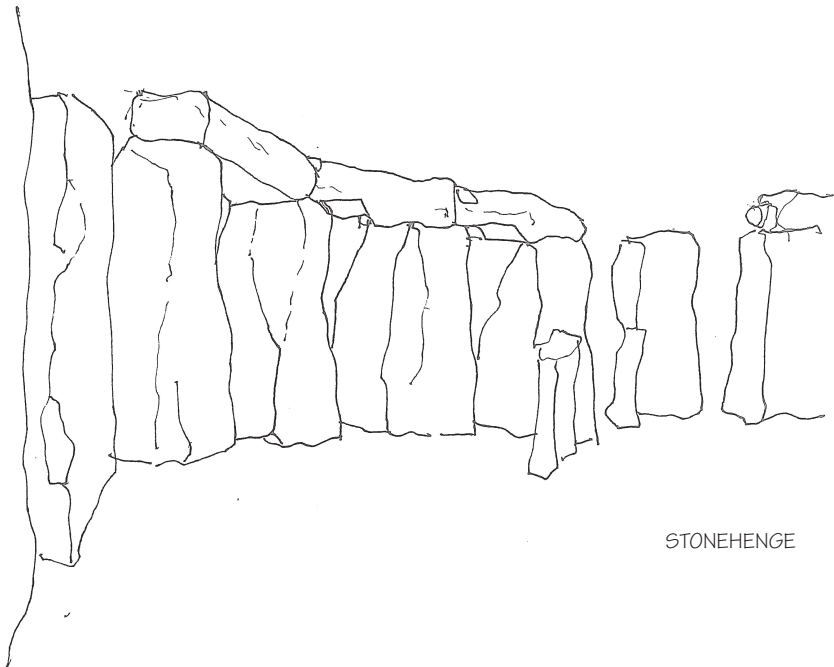
Pero queda una consideración que hacer sobre Göbekli Tepe: hasta ahora todas las publicaciones científicas sobre el hallazgo están firmadas por su descubridor, lo que es comprensible. Pero la prudencia aconseja esperar a que lo estudien otros arqueólogos, puesto que hay detalles un tanto anacrónicos. En cualquier caso, dado que ha permanecido oculto durante milenios, su huella en nuestra cultura ha sido inexistente o, al menos, muy indirecta.

STONEHENGE

Para entender lo que sigue no es ocioso señalar que la relación de los cazadores-recolectores con el territorio poco tiene que ver con la nuestra. Para ellos, el territorio no era un conjunto de lugares donde estar, sino un espacio por donde moverse, surcado por líneas imaginarias que unen hitos identificables y que permiten orientarse —esta es, al parecer, la noción del espacio de los aborígenes australianos—. Esta manera de ver el territorio estaba seguramente muy viva en las primeras comunidades de incipientes agricultores. Buena parte de la dieta de estos individuos derivaba de la recolección de recursos naturales, de tal modo que cuando, por motivos religiosos o mágicos (no tenemos datos para saber si la información o las motivaciones de quienes decidían eran compartidas por la comunidad, o si eran patrimonio solo de unos pocos), emprendían la tarea de producir hitos reconocibles en forma de grandes túmulos de tierra, piedras o monumentos megalíticos —grandes piedras colocadas de forma no natural—, lo hacían con una visión del territorio mucho más amplia y dinámica de lo que podemos imaginar. Hay quienes creen firmemente que los construían con el propósito de fijar relaciones entre los distintos hitos



GÖBEKLI TEPE



STONEHENGE

naturales, aunque es igualmente probable, pero menos sugerente, que emprendieran cada nueva obra con independencia de las anteriores.

Nunca lo sabremos con certeza. En cualquier caso, el esfuerzo humano concentrado que suponen las construcciones que han llegado hasta nosotros da fe de la existencia de grupos organizados muy numerosos y de una capacidad de producción o recolección de alimentos lo bastante excedentaria como para poder invertir millones —literalmente— de horas trasladando enormes piedras, amén de una continuidad en el propósito, lo que en el caso de Stonehenge les hizo cambiar y «mejorar» el monumento durante casi mil años.

La relación de las estructuras megalíticas con líneas del territorio tiene ardientes defensores. Pero hay que reconocer que ante una nube de puntos lo bastante densa no es fácil discernir si las infinitas relaciones que pueden establecerse entre dichos puntos tienen un fundamento real o si son solo lo que en ciencia se llama un «artefacto», es decir, una consecuencia del propio proceso de análisis. De hecho, hay un investigador que, partiendo del mapa de cabinas telefónicas del Reino Unido, asegura haber encontrado un conjunto de relaciones entre sus posiciones semejante a las que se dan entre los monumentos megalíticos.

El crómlech de Stonehenge, en el sur de Inglaterra, independientemente del propósito religioso o mágico que pudiera tener, no ha desempeñado nunca una función utilitaria, salvo la actual como destino turístico (no parece posible que, por muchas dotes adivinatorias que tuvieran los magos de la época, llegaran a visualizar los autobuses de turistas y, menos aún, a evaluar su impacto en la economía), aunque tal vez entrara en sus planes ocultos el hecho de que, a partir de comienzos del siglo XVIII, tuviera un papel en el origen remoto de los conocimientos ocultos de los que la masonería se declara continuadora. Más adelante trataré con cierto detalle cómo el venerable monumento fue reclutado para formar parte de la fundamentación masónica.

Cerca de Stonehenge, en Avebury, hay otro monumento prehistórico mucho más grande, de aproximadamente la misma época, que consiste en un foso y un terraplén de forma más o menos circular, con casi 400 metros de diámetro, y que contiene varios círculos de piedras no concéntricos en su interior. Su forma no es tan regular y ha sido relegado en «popularidad» por la imponente y precisa geometría de Stonehenge. Su mal estado de conservación es consecuencia de un intento de destrucción por parte de fanáticos cristianos, que lo consideraban un símbolo del paganismo. Debajo de uno de los monolitos se encuentra la tumba de un barbero-cirujano que murió aplastado al derribarlo y que no pudo ser rescatado por sus compañeros de aventura. Entre unos y otros decidieron que aquella fuera su cristiana sepultura.

El crómlech de Stonehenge se compone de una fosa y un terraplén exterior que forman un círculo de unos 110 metros de diámetro, con una abertura orientada exactamente al sur y un arranque de avenida en dirección nordeste (coincidente con la del punto de salida del sol en el solsticio de verano). En el interior del círculo hay varios anillos concéntricos. El primero está formado por una serie de agujeros próximos al foso perimetral, agujeros que pudieron servir inicialmente para colocar unos grandes postes de madera que fueron sustituidos más tarde por unos monolitos de piedra azul de unas cuatro toneladas de peso cada uno. Estos, posteriormente, se trasladaron a una posición más central, actualmente están rellenos de tierra y en alguno de ellos se han encontrado huesos.

La segunda alineación está formada por unas enormes piedras de arenisca muy dura llamada *sarsen*. Cada piedra pesa unas veinticinco toneladas y llegan a medir cinco metros, sin contar la parte empotrada en el suelo. De los pares de piedras verticales (ortostatos), unas pocas conservan un dintel colocado sobre ellas. Los dinteles formaban una cornisa continua curvada según la circunferencia y estaban colocados con esmero, hasta el punto de tener labrados en sus extremos cajas y espigas (recurso propio de la construcción de madera) para asegurar la correcta alineación. Siguiendo

hacia el interior, hay un anillo de piedras azules que probablemente fueron trasladadas desde el anillo perimetral. Hay 80 huecos, 43 de ellos con piedras de más de cuatro toneladas que sobresalen dos metros del suelo.

Dentro del anillo interior de piedras azules hay una doble herradura; la exterior está formada por cinco trilitos (dos ortostatos y un dintel, como una portería de fútbol) y cada piedra pesa unas 50 toneladas. Solo dos de los dinteles de arenisca siguen en su sitio. La herradura interior, de piedras azules, es una réplica de la anterior. La orientación de la abertura de las «herraduras» es la del punto de salida del sol en el solsticio de verano. Huecos rellenos en el suelo en el exterior del círculo dan fe de la existencia o bien de más monolitos, o bien de grandes postes de madera. Además hay otras piedras aisladas, alineadas en el exterior, y es posible que hubiera un camino para procesiones hasta el cercano río Avon.

Se han podido datar con precisión las fases de la obra y se han identificado las canteras de procedencia de los grandes bloques de piedra. Aunque hubo indicios de construcciones anteriores en el sitio, probablemente de madera, con una antigüedad estimada de más de 8.000 años, estos han ido siendo borrados por sucesivas intervenciones.

Tanto el foso circular exterior como el anillo de 56 agujeros, de un metro de diámetro, pudieron albergar enormes postes de madera —más tarde las piedras azules—, y se usaron para enterramientos. Fueron contruidos hacia el año 3100 a. C.; es decir, cinco siglos antes que la gran pirámide de Keops. Los dos anillos interiores, el de las grandes piedras de arenisca y el de las piedras azules, fueron erigidos hacia el año 2000 a. C. Las herraduras interiores fueron colocadas posteriormente, primero la de las piedras de arenisca y más tarde la de las piedras azules. Descontando las evidencias que indican construcciones de madera anteriores, desde que se comenzó el foso perimetral hasta los últimos movimientos de piedras en el interior del recinto, debieron de transcurrir mil quinientos años, durante los cuales, y de forma intermitente, se produjeron

adiciones y reformas en el monumento. De aquí cabe deducir que tuvo algún tipo de uso.

Una cuestión sorprendente es el origen de las grandes piedras: los bloques de arenisca (sarsen), de entre 25 y 50 toneladas de peso, proceden de una cantera situada a 40 kilómetros de distancia, mientras que la cantera de las piedras azules ha sido identificada en Gales, a 240 kilómetros de distancia. Es imposible saber cómo se las arreglaban para labrar las enormes piedras, moverlas y colocarlas en posición. Sabemos qué medios técnicos no tenían (ni ruedas ni metales), pero ignoramos los que sí tenían.

Como parte de las celebraciones de la exposición universal que conmemoraba la entrada en el tercer milenio, se intentó transportar una piedra azul por vía acuática (colgando sumergida debajo de unas balsas de troncos para que pesara menos), reproduciendo los medios de la época. La empresa empezó con problemas con los inspectores de la seguridad en el trabajo, que no aceptaron que los pretendidos atuendos prehistóricos no incluyeran ni botas adecuadas ni cascos de plástico, y acabó de forma ridícula con la piedra hundida en el fondo de la ría antes de empezar el viaje.

Es probable, en efecto, que para el traslado de las piedras azules se empleara la vía acuática, pero las grandes piedras de arenisca debieron trasladarse sobre maderas engrasadas. En cualquier caso, fue necesaria la colaboración de mucha gente, bien organizada y con considerables dosis de ingenio, y durante mucho tiempo. Se ha estimado que fueron necesarias más de veinte millones de horas de trabajo para construir el conjunto, bien es verdad que distribuidas a lo largo de los mil quinientos años que transcurren desde la excavación del foso, hacia 3200 a. C., y las últimas modificaciones en la posición de piedras, que tuvieron lugar hacia 1600 a. C. El número de personas necesario para la tarea da fe de la capacidad de alimentar a una considerable población dedicada a tareas no alimenticias. El trabajo pudo ser hecho por mil personas, trabajando veinte días al año durante ciento veinticinco años, que, repartidos a lo largo de

mil quinientos años, implica que más o menos un año de cada diez se realizaron trabajos, aunque la mayor parte del esfuerzo se llevó a cabo entre los años 2600 y 2400 a. C.

En cuanto al uso, lo más probable es que fuera un lugar de encuentros anuales de la población de una amplia zona, una especie de romería. La recta avenida, de más de tres kilómetros de longitud, que une el círculo con otro similar de postes de madera junto al río Avon, orientado exactamente en sentido contrario (hacia la puesta de sol en el solsticio de invierno), hace pensar en la celebración de procesiones rituales entre los dos círculos. En las proximidades se han encontrado restos de un poblado de uso no permanente (algo así como el Rocío) con unas mil casas.

No hay muchos datos sobre los pobladores neolíticos de Inglaterra, salvo que comenzaron a cultivar hacia el año 4000 a. C. Las invasiones celtas de alrededor de 1600 a. C. acabaron con el uso del sitio sagrado, que, a diferencia del de Avebury, no parece haber sido objeto de intentos deliberados de destrucción.

STONEHENGE: EL RELATO

Al menos tanto interés como el monumento tiene el relato que lo acompaña desde antiguo. Los romanos atribuyeron erróneamente la construcción y uso de Stonehenge a los druidas celtas, atribución que persistió hasta que las modernas excavaciones arqueológicas y los procedimientos de datación, basados en la desintegración del carbono 14, han llevado su fecha de construcción unos milenios atrás. Y nada sabemos de sus autores.

Después de siglos de olvido, el interés por Stonehenge resucitó, a comienzos del siglo XVIII, de la mano de los primeros teóricos de la masonería. La imaginería masónica se declara depositaria de las antiguas ciencias ocultas de los sacerdotes egipcios, que se transmitieron a través de Moisés, Salomón y Pitágoras, entre otros, con especial énfasis en la significación del Templo de Salomón y de

su arquitecto, Hiram Abiff (de paso, recogen también secretos de los templarios y de los caldeos).

Uno de los primeros teóricos de la masonería, William Stukeley, por cierto, discípulo de Isaac Newton, incluye entre los orígenes de las ciencias ocultas a los druidas, «constructores de Stonehenge», a los que relaciona con Salomón y Pitágoras. Es una pena que, aparte de pequeños detalles, como el que Stonehenge nada tuvo nada que ver con los druidas, las fechas no encajen de ninguna manera. La fecha de construcción de Stonehenge es anterior a la de las pirámides, aunque la época de mayor actividad constructiva en el crómlech sí coincide sensiblemente con la de las grandes pirámides. Y el Templo de Salomón se construyó hacia el siglo IX a. C. Stonehenge fue abandonado siete siglos antes y Pitágoras vivió cuatro siglos después de Salomón.

Detrás de estos despropósitos, y de otros que no me resistiré a relatar, subyace una cierta idea de que, al igual que la teoría de la gravitación universal hace encajar de golpe un montón de observaciones dispersas sobre el funcionamiento del mundo, debe haber una «religión natural», que viene de Adán y fue practicada por Abraham, que es origen y compendio de todas las religiones y, por tanto, compatible con cada una de ellas, y que debe unir a las personas instruidas y de talento, agrupadas en las sociedades secretas que cambiarán el mundo por otro mejor y más ilustrado, libre de tiranías y sectarismos.

Puestos a elucubrar sobre el significado de los misteriosos anillos de las piedras, caben interpretaciones verdaderamente curiosas, como la del jesuita Athanasius Kircher: el círculo significa la forma pura de la divinidad abstraída de la baja materia; la serpiente (no he conseguido encontrarla), la segunda forma de la divinidad, el verbo divino; las olas, la tercera forma, el espíritu, que lo eleva todo (Stukeley había encontrado en la disposición de las piedras la forma de un dragón alado que, según él, derivaba de un jeroglífico egipcio y representaba la Santísima Trinidad, lo que inspira los anteriores párrafos de Kircher).

No son inmunes los arquitectos a los significados esotéricos. John Wood, *el Viejo*, arquitecto de la ciudad de Bath de principios del siglo XVIII —inicia el camino de utilizar la arquitectura de viviendas para producir espacios significativos para la escena urbana, en una forma en que antes solo se habían usado los edificios públicos—, midió cuidadosamente el monumento de Stonehenge y convino con Stukeley en que «la magia de los caldeos fue legada a los druidas», con el Templo de Salomón por medio. Cabe señalar que a Stukeley, que había medido Stonehenge —y publicado sobre ello— antes que Wood, no le hizo gracia la intromisión de un advenedizo como este en un terreno que consideraba propio.

Los druidas, que, según Wood, también inspiraron a Confucio, «se reunían en la fiesta de Juan el Bautista, y celebraban ritos en recuerdo del descenso de Proserpina a los infiernos». Como se aprecia, todo un alarde de sincretismo religioso en el que no se olvida el significado numérico de las medidas de los monolitos basadas en misterios pitagóricos. Pero Wood no se queda en el plano literario y proyecta un conjunto de viviendas, el *circus* de Bath, cuyo espacio central tiene las mismas medidas que el círculo de Stonehenge. Desgraciadamente, no llegó a ver terminado su *circus*, puesto que murió en 1753, un año antes de que empezara la construcción de casas de tres plantas con dobles columnas entre los huecos, coronadas con capiteles dóricos, jónicos y corintios de abajo arriba, curiosamente con la misma altura en las tres plantas, que es algo razonable para el uso de vivienda, pero que deja de lado las reglas habituales de composición, que establecen la altura decreciente de columnas desde la planta baja. En la decoración de los entablamentos hay algunos símbolos masónicos.

La innovación que supuso el *circus* en el diseño urbano va unida a otra primicia próxima, un *crescent*, obra de su hijo, John Wood, *el Joven*, una media luna de edificación, con un diámetro superior al del *circus* y abierto al sur. En cualquier caso, salvo la disposición circular y los 110 metros de diámetro, no hay otra relación, aparte de los escritos de Wood, entre el *circus* de Bath y Stonehenge.

El *circus* de Bath no fue la única obra con raíces ocultistas de John Wood, *el Viejo*, que presumía de haber proyectado un templo siguiendo el modelo del de Diana en Éfeso, que, a su vez, según él, reproducía el de Salomón, para la restauración de la catedral de Landoff en Gales. Desgraciadamente, tan interesante obra no ha llegado a nuestros días. En efecto, los trabajos comenzaron, pero se paralizaron cuando la obra se hallaba en los cimientos, y durante la Segunda Guerra Mundial un bombardeo alemán acabó de destruir la ruिनosa catedral antigua. Terminada la contienda, se optó por reconstruir el antiguo templo gótico, y de la obra de Wood no queda más que la memoria del intento.

Pese a todo, los inventos del *circus* y del *crescent* hicieron fortuna en la arquitectura inglesa, así como la idea de abordar con criterio monumental la construcción de viviendas, y cuentan con numerosas réplicas e interpretaciones.

Otros notables arquitectos contemporáneos de Wood pertenecieron a la masonería con mayor certeza que él y construyeron edificios con claras referencias a la mitología masónica, como veremos más adelante en otro capítulo.